



Las mujeres que no marchan

8M, el privilegio del activismo

Sobre el 8M hay otra historia por contar. Al lado de mujeres que marchamos en el mundo, son y están también multitudes de mujeres que caminan en distintos sentidos porque, por las barreras enfrentadas les resulta imposible ser parte de manifestaciones. En 2024, el Banco Mundial reveló que las mujeres ejercemos sólo el 64% de los derechos de los cuales gozan los hombres al cien. En ningún país del mundo, ni siquiera los más ricos o desarrollados, las mujeres ejercen los mismos derechos legales que los hombres. No porque no quieran, porque no pueden.

El derecho a la libertad de expresión o la manifestación, por ejemplo, son un horizonte inalcanzable para quienes viven al día con una o dos jornadas laborales fuera del hogar, están a cargo de los cuidados familiares no remunerados y permanecen fuera de los círculos de visibilización de las desigualdades estructurales. Para ellas, para muchas, el activismo es un privilegio ajeno. En Ola Violeta estamos convencidas de que es un derecho y por eso dedicamos nuestro reporte del Mes de la Mujer a nombrarlas. Irán con nosotras a todas las marchas, las que toman calles y las que definen agendas.



Activismo, a 30 años de la Declaración de Beijing

Hay un documento clave en la lucha por la igualdad de género que busca erradicar esas vulnerabilidades que tanto nos limitan a las mujeres. Adoptada en 1995, la “Declaración y Plataforma de Acción de Beijing” establece compromisos para empoderar a las mujeres y garantizar sus derechos en áreas como la economía, la educación, la salud, la violencia de género y la participación política. Este último punto incluye actividades como marchar el 8M y todas aquellas que contribuyan a los derechos y el bienestar de las mujeres para romper la falta de igualdad de género que moldeó las sociedades en el pasado y que sigue siendo una carga en presente. Se trata de construir un futuro en que rompamos las barreras para que quepamos todas y todos.

En Nueva York, Estados Unidos, del 10 al 21 de marzo se llevará a cabo la **Conferencia Mundial sobre la Mujer** (CSW por sus siglas en inglés). Será la sesión número 69 de la Conferencia y coincidirá con el 30 aniversario de la adopción de la ya mencionada Declaración y Plataforma de Acción de Beijing. La reunión en la sede de la ONU será una oportunidad para la revisión y valoración de la puesta en práctica de la Declaración y Plataforma y los desafíos que persisten en los campos que abarca: pobreza, educación y capacitación, salud, violencia contra la mujer, conflictos armados, economía, poder y toma de decisiones, mecanismos institucionales para el avance de la mujer, derechos humanos, medios de comunicación, medio ambiente y niñas. **Nuestra organización, Ola Violeta, asistirá por primera vez a este encuentro para nombrar una de las formas de violencia de género más invisibilizadas: el feminicidio emocional, pilar de nuestra lucha y uno de los principales delitos que afectan a las mujeres que no marchan, a las mujeres sin voz pública.**



¿Marchar o no marchar?

En sociedades como la mexicana, en lugar de mover nuestras mentes y nuestros cuerpos guiadas por nuestra agencia, desde la autonomía corporal y psíquica, las mujeres luchan por sobrevivir en condiciones de marginación, vulnerabilidad y discriminación. Enfrentamos violencias que, cruelmente, incluyen el salir adelante tras esa forma de afectación radical que es el feminicidio emocional. Al derivar éste en una batalla en la cual la autoestima y la voluntad están prácticamente anuladas es improbable unirse a una marcha.

Por una parte, parecen atendibles los llamados como el de la activista pakistaní por la educación de las niñas —y Premio Nobel de la Paz 2014— Malala Yousafzai quien sentencia: “Llega un momento en que debes escoger si permaneces en silencio o levantas la voz”. Sin embargo, la cuestión para las mujeres no es sólo una decisión individual ni es un dilema filosófico, sino que se da en un contexto de circunstancias materiales condicionadas por el género. En este sentido, hay distintos tipos de mujeres que no gozan del privilegio de participar en el activismo feminista, en buena medida por nuestra misma condición de ser mujeres.

Vulnerabilidades y la distancia de la marcha

Ir a la marcha del 8M es significativo para la lucha por los derechos de las mujeres. Pero las barreras para manifestarnos en esa fecha y en otras ocasiones son diversas y cuestionables. En vez de criticarlas desde el privilegio del activismo, hay que nombrar a las que no marchan.



Brechas, barreras y maternidad

El punto de partida general no es positivo. Según el estudio del Banco Mundial, en Latinoamérica 76% de los países no ofrece protección contra el matrimonio infantil y en México sólo se han implementado 83% de las leyes necesarias para la igualdad. En México 6 de cada 10 mujeres adolescentes de entre 15 y 17 años han padecido al menos un incidente de violencia según la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (ENDIREH, 2021). Las violencias, emocionales, físicas, sexuales o económicas son grandes vulnerabilidades para las mexicanas.

Una barrera de género fundamental es la experiencia de la maternidad. Entre las mujeres de más de 15 años que no han sido madres sólo 20.5% no han terminado la educación básica, en cambio, entre quienes han sido madres el porcentaje aumenta prácticamente al doble 41.1%; de manera semejante, entre quienes han sido madres 23.9% ha completado la educación media superior o superior, pero las mujeres que no han sido madres que terminan el mismo nivel educativo asciende a 42.5%, según la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE, 2017). Si la maternidad tiende a impedirnos continuar con nuestros estudios, claramente también incide en nuestra disposición y posibilidad de manifestarnos políticamente. Asimismo, según la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH, 2018) 28.7% de los hogares mexicanos son encabezados por mujeres y tienden a percibir 24% menos de ingreso en comparación con los encabezados por hombres. Cuidadoras, madres, amas de casa, sostenedoras y cabezas del hogar o tantas otras, como decíamos, es indispensable el esfuerzo de visibilizar nombrando a quienes no gozamos del privilegio de marchar el 8M. Aquí nos referimos a algunas más de ellas.



Interseccionalidad y mujeres indígenas

Además de las circunstancias generales, el desafío no es igual para todas. Muchas lo tenemos peor. La brecha de género es todavía más amplia para algunas, como las mujeres hablantes de una lengua indígena. En este tema cabe hablar de “interseccionalidad”: buscar comprender la experiencia de subordinación de las mujeres debe tomar en cuenta su condición como mujeres y también la interacción de ser mujer con otros pretextos sociales para la exclusión. Las mujeres indígenas dedican 26.3 horas a la semana al trabajo doméstico no remunerado mientras que las no hablantes de lengua indígena dedican a las mismas actividades 18.8 horas según la Encuesta Nacional Sobre Uso del Tiempo (ENUT, 2019). El racismo, el patriarcado y el clasismo se unen, para crear, como diría la socióloga estadounidense Patricia Hill Collins, una “matriz de dominación” que incrementa la discriminación. Este fenómeno, no obstante, lejos de ser sólo una condena a la marginalidad, con todo e imposibilitar participaciones como la del 8M, puede también dar lugar a luchas paralelas y convergentes por las mujeres.

Mujeres de las periferias

La Ciudad de México es un ensamble de comunidades que se extienden por casi mil 500 kilómetros cuadrados y el país entero alterna en su paisaje las montañas con las planicies. Muchos grupos han escogido como su tierra lugares distantes de las ciudades en que se dan las grandes manifestaciones políticas, sea en la Sierra de Guerrero, el Desierto de Chihuahua, la Selva Lacandona o tantos otros de la geografía nacional. Asimismo, mencionábamos el acoso sexual en y alrededor del transporte público, el escenario es lamentable y explicable en cuanto que sigue faltando legislación al respecto.



Según el estudio del Banco Mundial, 151 de sus países examinados tienen leyes contra este tipo de acoso, pero esas normas se limitan a los lugares de trabajo: sólo 40 de esas naciones prohíben también el acoso en espacios públicos. Como bien sabemos, la precaución al usar transporte público por parte de muchas de nosotras en ciertos horarios proviene de más de una mala experiencia en él.

Y siempre hay que sumar la barrera económica: según la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares el promedio de ingreso trimestral es de 29, 285 pesos para los hombres, en contraste en los mismos tres meses las mujeres recibimos sólo 19,081 pesos (ENIGH, 2022). Ante estas cifras se vuelve evidente el acierto de la escritora feminista estadounidense bell hooks (originalmente Gloria Jean Watkins) quien se declaraba en contra de la suposición de que el hecho de trabajar liberaría a las mujeres de la dominación masculina. Así, sea que vivamos en sitios alejados de las vías en que se realizan las marchas del 8M, que experimentemos dificultades para llegar a ellas o que estemos concentradas en aumentar nuestro ingreso, el hecho es que enfrentamos barreras específicas por ser mujeres.

Abordar el derrumbe de estas barreras nos compete al conjunto de las mujeres. En el campo de la cultura, por ejemplo, la cineasta Luciana Kaplan ha tratado este tipo de problemas en documentales como *Rush Hour* (2017) que retrata el excesivo tiempo que toma transportarse en la Ciudad de México, Estambul y Los Ángeles, particularmente desde las periferias. La directora reflexiona sobre el tema: “Vivir en estas grandes ciudades te genera angustia de decir que no te da tiempo de hacer las cosas y pasas demasiadas horas tratando de sobrevivir o pensando si es posible



cambiar tu vida”. Y, precisamente, cambiar la vida para ya no sólo sobrevivir es el objetivo tanto de las que no podemos como de las que marchamos en el 8M.

La otra pobreza

La pobreza de tiempo también es una barrera. Este tipo de pobreza la experimentamos cuando nuestro trabajo, remunerado o no, nos ocupa de tal manera que otras actividades desde la participación cívica al ocio, pasando por el autocuidado y el dormir se ven extremadamente limitadas o incluso anuladas. Este tipo de pobreza es padecida en particular por las mujeres. Esto coincide con el análisis expuesto en el reporte mensual de Ola Violeta en diciembre: la pobreza de tiempo tiene consecuencias en la salud física y mental, además de cancelar posibilidades como la de marchar en el 8M.

Mujeres, discapacidad y violencia

En México viven 3 millones 275 mil 692 mujeres con discapacidad, de acuerdo al Censo de Población y Vivienda más reciente del INEGI, de 2020. Y ese mismo año nos enteramos, gracias a una encuesta del Centro Interdisciplinario de Derechos, Infancia y Parentalidad A.C., de que el 71% de ellas ha sufrido violencia de género.

El 80% de los refugios para mujeres víctimas de violencia de género no son físicamente accesibles para las mujeres con discapacidad, de acuerdo con un estudio aplicado en 2015 por el Instituto Nacional de las Mujeres. ¿A dónde va una mujer con discapacidad violentada? ¿Cómo se unen a la marcha del 8M?

En el ámbito laboral, según la Organización Mundial de la Salud, la tasa de empleo a nivel mundial para mujeres con discapacidad es de 20%, en comparación con el 30% de mujeres sin discapacidad. Según el Informe de la ONU sobre Discapacidad



y Desarrollo, los limitados datos disponibles muestran una participación y representación “extremadamente bajas” de las mujeres con discapacidad en los roles de liderazgo político.

Por si fueran pocas las estampas previas, ¡hasta llegar a las marchas es un desafío para muchas! Entre 60 y 96% de las mujeres hemos padecido acoso sexual en el transporte público, de acuerdo con el INEGI, y en los espacios relacionados con él. Hoy, en México y el mundo entero, el activismo es un privilegio y en Ola Violeta queremos visibilizar también a las mujeres que no marchan, a quienes no pueden hacerlo por múltiples vulnerabilidades.

“Aunque la tarea porque el activismo cotidiano desde nuestros propios territorios de acción, y no sólo en las marchas, sea ardua y muchas veces invisibilizada, tenemos el activo crucial para ganar la lucha en tiempos de discursos retrógrados: nosotras mismas”.

María Elena Esparza Guevara

Fundadora de Ola Violeta AC

©Todos los derechos reservados Ola Violeta AC

